

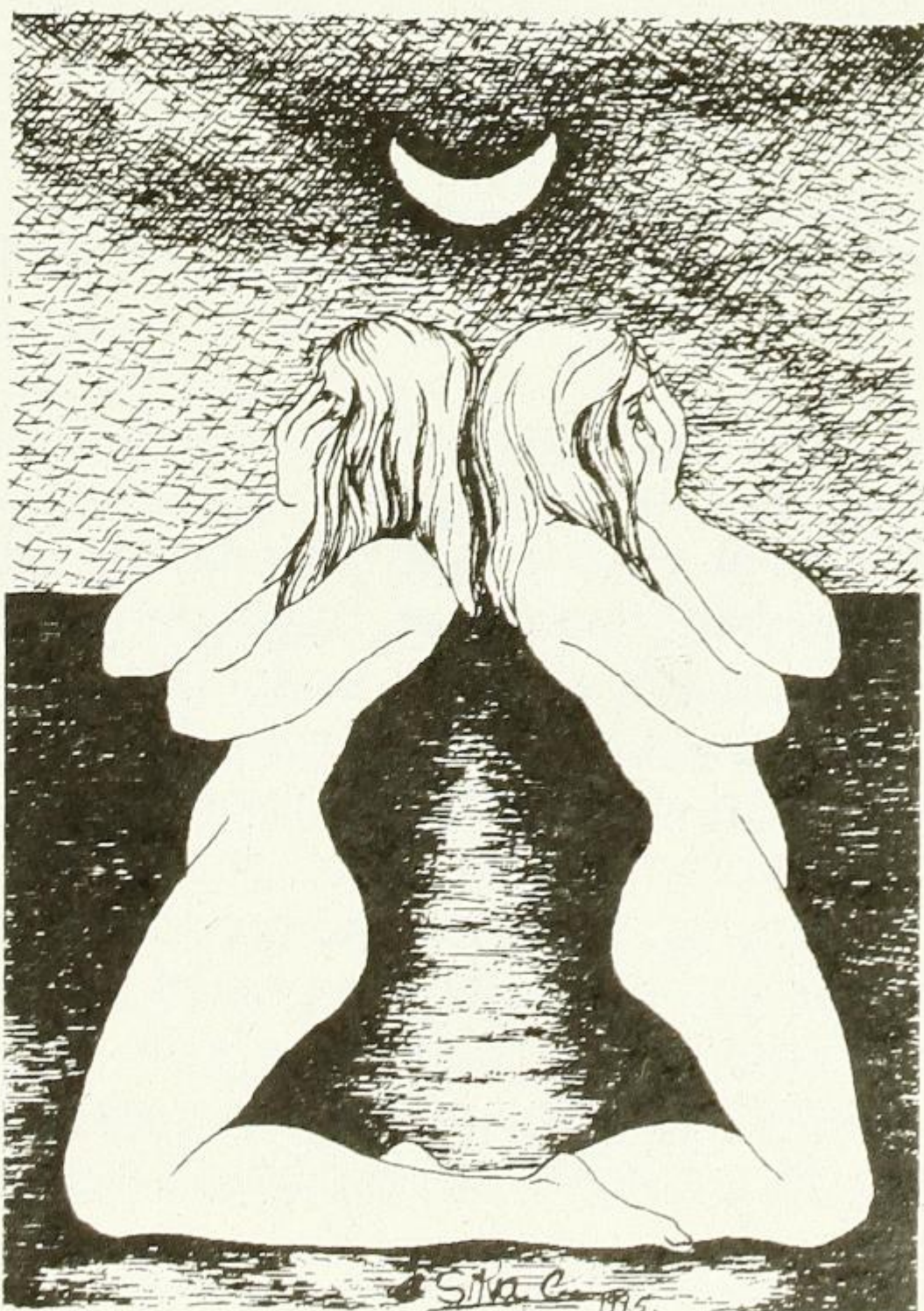
Servicio a domicilio

(sin costo adicional)

• por la Güera Roffiel •

• ¿Crees que vivir con mi madre y mi hermana sea un factor que en la “actualidad” influye en forma determinante para mantener una relación de pareja “satisfactoria”?

No me queda muy claro por qué le pusiste comillas a “actualidad” y a “satisfactoria”. El punto es, ¿cómo te sientes tú -con pareja o sin ella- al vivir con tu madre y tu hermana? ¿Sientes que afectan tu libertad, tu alegría de vivir? ¿Estás viviendo con ellas por amor o por miedo a decirles que ya te quieres ir de ahí? ¿Sientes necesidad de tener un espacio propio que te permita ser más tú misma y que algún día puedas compartir con una pareja? El hecho de que hayas enviado esta pregunta revela que sí existe cierta inquietud. La libertad interior, y por ende la exterior, no es cuestión de “actualidad” sino de todos los tiempos, y cuando se posee libertad interior la relación de pareja puede ser “satisfactoria” lo mismo en el desierto del Sahara que en un multifamiliar.

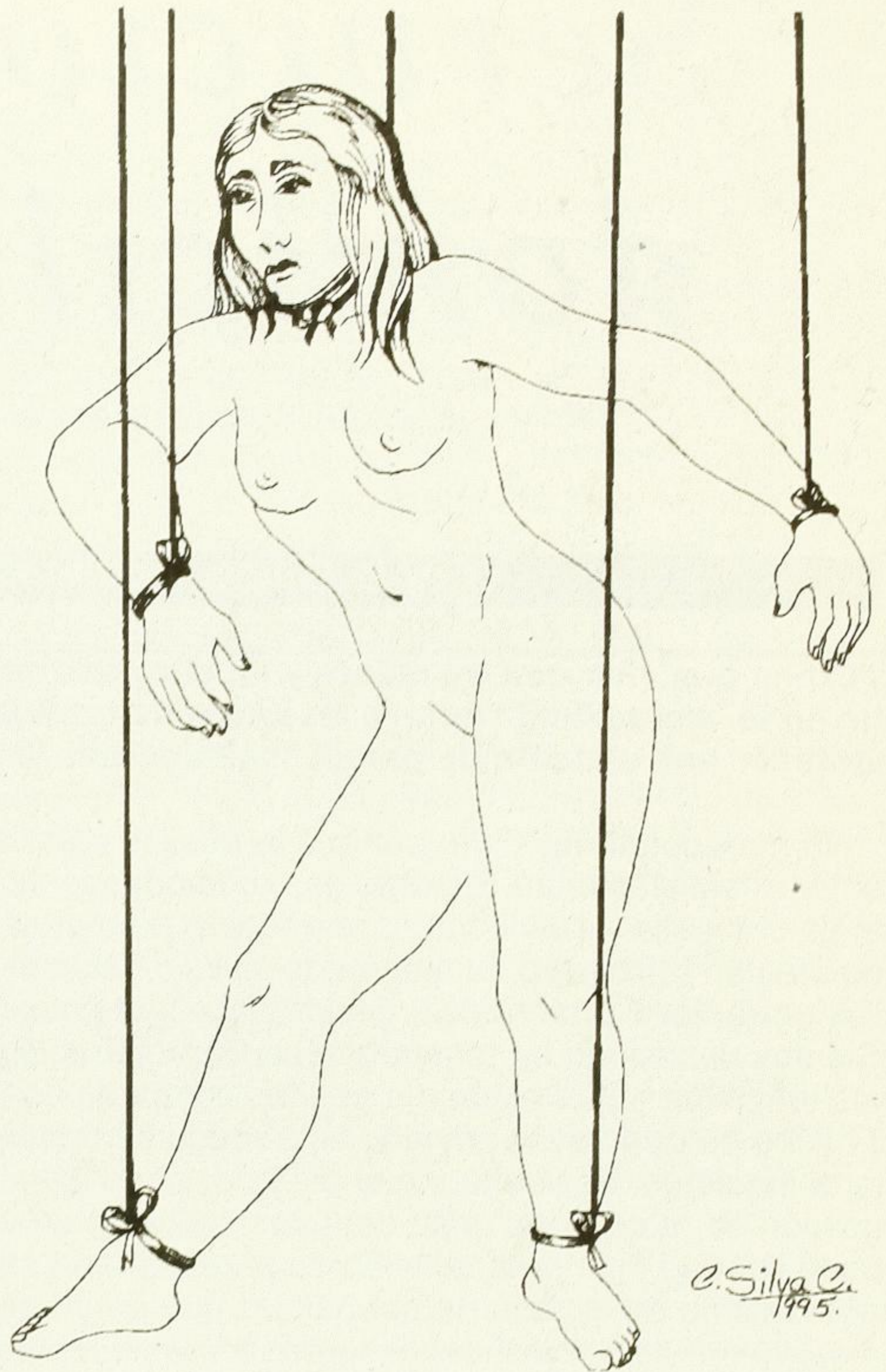


• Después de diez años de terapia me he dado cuenta que actuar como víctima y manipular a los demás me resulta mucho más agradable y útil que tratar de cambiar a todos los que me rodean. ¿Estoy en lo correcto? ¿Qué me aconsejas?

¡No, pues más bien aconsejame tú! Ya en serio, a mí me paso al revés. Después de vivir muchos años como víctima, o sea como efecto de las vidas de los demás, descubrí el maravilloso regalo que es ser causa de tu propia existencia, creadora de tu propia realidad. También me ayudó dejar de intentar cambiar a los demás. Me llevo años pero, ¡por fin! aprendí a no sentir frío por alguien que se niega a cargar un sweter. Ahora los observo, los escucho, los evito, los compadezco, los quiero así como son y no como yo quisiera que fueran, a veces hasta los comprendo y siempre pinto mi raya de amor a mí misma. Ya no derrocho mi energía en una tarea que, además, según la Ley Universal de la No Interferencia, causa karma negativo y te ata con aquella persona por quién sabe cuántas vidas por venir. ¡Imagínate! (¿Diez años de terapia y llegaste a tal conclusión? ¿No será tiempo de cambiar de terapeuta?).

• Güera, leí tu novela *Amora* y me encuentro en una situación peracidísima a la de Lupe y Claudia. Ando con una mujer que un mes me ama con locura y pasión desenfrenada y al mes siguiente no quiere saber de mí porque “ella no es lesbiana”, porque no puede integrar nuestra relación a su “otra vida” y porque bla, bla, bla... ¡Me está volviendo loca!

¡Ay, mi queridísima amiga, no te imaginas cuan bien te comprendo! ¿Sabes una cosa? La razón de nuestro empeño en mantener tales situaciones no tiene que ver con que seamos de lento aprendizaje ni con un exceso de confianza en la raza humana sino con la baja autoestima que nos tenemos. ¡Zácatelas!, ¿verdad? Orgullosamente puedo decirte que la relación que narro en mi libro fue como mi doctorado. Casi me cuesta la vida, pero han pasado diez años y nunca más he permitido que nadie vuelva a tratarme de esa manera tan vil. Y no es que nos vuelvan locas, es que nosotras permitimos el abuso. Piénsale, agárrate los ovarios y protéjete. ¿Qué es un rato de dolor frente a la placentera y llenadora sensación de dignidad ante nosotras mismas?



• ¿Cómo puedo enfrentar el hostigamiento sexual por parte de los hombres en el medio laboral sin parecer demasiado agresiva?

¡Cómo nos cuesta eso de abandonar nuestra imagen de niña buena y complaciente! ¿Qué me dices de la agresividad de ellos al hostigarnos? Mi historia está marcada por un constante y difícil aprendizaje a defender mi espacio físico, psíquico y emocional. He probado docenas de tácticas, desde tratar de que entiendan lo doloroso que es su actitud para una mujer, hasta pegarles y soltarles en público que les prohíbo que me toquen las nalgas (o según sea el caso). Imagínate que durante casi once años fui la única mujer en una sala de redacción donde había alrededor de sesenta hombres de todas edades y situaciones. Aprendí que algunos si son capaces de entender, de abandonar su conducta y de convertirse en nuestros amigos. También aprendí que con los otros, no importa el tono que emplees, de todas formas te van a calificar de agresiva, simplemente porque te estás negando a ser la cómplice de quien sabe cuáles y cuántos de sus complejos. Cuesta mucho trabajo pero si es necesario grita ¡NO!, marca tus fronteras y no aceptes compartir ni siquiera un café con ellos. Desgraciadamente no saben distinguir entre un gesto de amistad o compañerismo y otra cosa. Cuídate. Más vale que te tachen de neurótica, amargada, rara o hasta de lesbiana. En el fondo, siempre habrá un cierto respeto hacia tu persona.